

## de Víctor Infantes

Nuestra colaboradora  
Patricia Montero,  
con un libro de la fotógrafa  
Sandra Balcells.

No era nada fácil. Desde el estudio de George Duby, y el (casi) redescubrimiento del universo histórico y literario del “segundo sexo”, ha proliferado en exceso el intento de definir la “escritura de mujeres”: la “voz del silencio”, la “mano blanca”, la “pluma sin sexo”... y, lo que es peor por sus consecuencias, el de los “female studies”, atacando el tema desde las perspectivas más insólitas y, generalmente, más banales y acomodaticias. En el Parnaso español había que volver la vista hacia Serrano y Sanz, autor de un repertorio (de los de verdad) que parecen desconocer muchas feministas avant la lettre o que les produce sarpullidos cutáneos de bibliografía y documentación en estado puro y, por tanto, lo relegan a la tranquila balda del olvido; ¡ahí es nada!, consultar manuscritos y libros antiguos y tener que ir a las fuentes de primera mano. ¡Con lo bien que se está en la poltrona de un Department of Cultural Studies, pendiente sólo del coffee y de encontrar el rimbombante título para un Congress! (Y estoy siendo más que suavcito con algunas viragos académicas.) Hay casos, documentados (de verdad), en que se han estudiado obras manuscritas e impresas de los siglos XVI y XVII sin ver los originales, fiándose de ediciones de comienzos de otros siglos, donde (por otro lado) ya se indicaba que no eran completas; dando vueltas y más vueltas a las (dos o tres) mismas autoras, todo ello sin el más mínimo rubor bibliográfico, y diciendo y, lo que mucho peor, escribiendo las más peregrinas interpretaciones (en inglés, y en castellano) hasta marear a una pobre perdz desorientada y exhausta.

Yo, la verdad sea escrita, estoy hasta el mismísimo occipital de ver el desfile de una legión de cabos chusqueras hociendo en los textos de siempre, peinándose sobre las letras y sin aportar una línea decente con alguna sugerencia interesante. A mí, y no lo siento en absoluto, los trabajos de butaca, de citas repetidas y constantes, con alharacas al encontrar una idea que quiere ser nueva (y que ya ha dicho otro, pero que no se ha registrado), de complacerse pensando que se trabaja a base de darle al manubrio de la repetición y la (auto) camaradería, esos trabajos que se escriben para el titular del periódico y de ahí al olvido, no me van. Me ponen, a cambio, los de archivo y biblioteca, los de desenterrar los datos y la “realidad histórica” de una época, los trabajos que van a los testimonios de primera mano, huyendo de la fácil algarabía y cuya constancia descubren los mares de la escritura oculta, de la nómina escondida en el silencio manuscrito e impreso. Me basta para ello echar la vista a un par de notas y calibrar de qué fuentes cojea el esfuerzo. Por eso, cuando cae en mis manos un estudio con todas estas premisas se me alegra el ojo bibliográfico y me



reconcilio con una manera de entender el trabajo bien hecho y honradamente realizado. Es Julián Martín Abad, quien protege y apadrina esta colección, donde tienen cabida manuales, estudios críticos y ensayos de enjundia, haciendo honor a su nombre de Instrumenta Bibliologica; en esta ocasión la obra de Nieves Baranda Leturio se presenta como un (consciente) agrupamiento de artículos y trabajos, algunos ya aparecidos y otros, como hemos señalado, escritos específicamente para esta venturosa compilación; claro está que para eso hay que tenerlos ya editados y que tengan una coherencia pertinente. Estas monografías unitarias, libros nacidos sin saber que iban a ser luego libros, ofrecen, entonces, la cosecha fecunda y arracimada de muchas siegas previas y exhiben la garantía previa de un ir haciéndose a medida que se avanza en el estudio y la investigación. Proclaman, aunque por desgracia no siempre, la coherencia de un proyecto, el convencimiento de una trayectoria erudita y la consecución de unos objetivos programados. ¡Bienvenido sea este Cortejo al placer de su lectura y a la enseñanza del trabajo constante y de la inteligencia crítica!

Mi Aurea hoy no me da para más, pero me miran las novedades del Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, que no anticipo para degustarlas como merecen, y los dos contundentes tomos del color de la mañana de la monografía de La imprenta en Burgos (1501-1600) de Mercedes Fernández Valladares, más de una vez aquí anunciada, al fin recién nacida, y que me tiene atado al fichero y la sorpresa. Gasto las líneas que me quedan en una incógnita: me gustaría que me explique la Universidad de Jaén por qué vale 115€ (ya con IVA, al menos) un libro editado por ella, el de M<sup>a</sup> Dolores Sánchez Cobos, La imprenta en Jaén (1550-1831) [Jaén: Universidad de Jaén, 2005; fol., 638 pp., láms.; que fue tesis doctoral de la Universidad de Jaén en 2000], que no debería costar más de 40€ (también con IVA); y a la autora por qué termina en 1831 (¿verdad Paco?).